

Llena eres de culpa

Alexandra Castrillón Gómez

Todos los derechos reservados.

Copyright® Alexandra Castrillón Gómez

A Natalia Hernández Zuluaga. Por el llanto y la risa.

Alrededor de cincuenta mil personas son víctimas de tráfico humano cada año.

El 65 % de ellas son mujeres.

Tres de cada cuatro son usadas con fines sexuales.

Capítulo 1

Atrapada en medio de los pasajeros que llegaron con ella desde Los Ángeles y de otros vuelos que aterrizaron en Pekín, Dani percibió el sudor de la claustrofobia, diferente al del calor y al del ejercicio. Sintió humedad en las comisuras de los senos, en las de los codos, en la cara interior de los muslos... Una humedad más líquida que pegajosa, inodora, precediendo al torrente de transpiración que, en cuestión de minutos, se apoderó de todo su cuerpo.

«Por favor, Virgencita, sácame rápido de aquí».

Repasó el enorme salón para identificar las vías de escape. Había seis salidas marcadas en los extremos y calculó que la de atrás a la derecha (a unos treinta y cuatro metros) era la más cercana. Solo de esa manera lograba mantener la cordura en momentos como ese: ocupando su mente en resolver algún problema, sobre todo si requería operaciones matemáticas porque, además de alejarla de la ansiedad que le producía estar encerrada, le daban la certeza de saber cómo huir.

La ruta acordonada hacia la taquilla de migración se extendía entre una curva y otra como un enorme laberinto del que no podría salir sin empujar a alguien. Revisó con disimulo qué tan viable era soltar las cintas del mecanismo y calculó quiénes serían los pasajeros más fáciles de esquivar en su ruta hacia la salida: el chico flaco y medio dormido de camiseta negra, la niña de unos diez años con el peluche de unicornio rosado y la mujer mayor con el bastón que no llevaba equipaje de mano.

Con toda la escena en su cabeza, siguió ajustando el plan cada vez que avanzaba en la fila y que su posición con respecto a las puertas y a los otros pasajeros se modificaba.

—*Nín hǎo* —dijo al llegar a la ventanilla buscando ser simpática con el oficial.

El hombre era la representación de todo lo que había imaginado de un chino: estatura mediana, cuerpo delgado, uniforme perfectamente planchado, cabello negro y liso (un poco grasoso) con corte militar. La miró sin expresión con los ojos ligeramente ocultos tras las gafas redondas y pequeñas, regresó la vista hacia el computador y empezó a teclear sin decir nada. Los pasajeros que estaban detrás de Dani, a quienes ya había analizado en su plan de escape, pasaban con agilidad por otras ventanillas.

—¿Está todo bien, oficial? —preguntó intentando fingir una sonrisa, pero su voz salía con dificultad y tenía las mejillas enrojecidas por la ansiedad.

El hombre dejó de pasar las hojas del pasaporte para mirarla con severidad por haberlo interrumpido.

—¿Motivo del viaje?

—Una reunión de negocios.

—¿Qué tipo de negocios?

Dani se quedó en silencio unos segundos pensando en la mejor respuesta. Supuso que no tenía sentido explicarle que trabajaba para una *start-up* de inteligencia artificial en Miami y que en dos días presentaría su proyecto ante un fondo de inversionistas.

—Tecnología —respondió al fin, tratando de mantener la respuesta simple y fiel a la verdad.

—¿Qué tipo de tecnología? —replicó el funcionario con impaciencia.

—Soy líder de desarrollo de una plataforma de inteligencia artificial que puede adaptarse para cumplir diferentes objetivos. Vengo a presentar una aplicación que permite que las personas que hablan diferentes idiomas se comuniquen de manera fluida y sin necesidad de intérpretes.

Pensó que el hombre estaba satisfecho con su respuesta, pero seguía mirándola, como si esperara algo más.

—A diferencia de otras tecnologías que se basan en la traducción simultánea, mi algoritmo utiliza inteligencia artificial para que, después de ser entrenado por el usuario, interprete gestos, inflexiones, expresiones idiomáticas y otros elementos de la personalidad de quienes interactúan, como el tono de voz; así, las partes obtienen una versión más acertada de sus palabras y se genera una experiencia sin fricción entre ellas.

Lo último lo dijo de memoria, casi sin respirar, como lo había ensayado cientos de veces, preparada para hacer su *elevator pitch*. Al terminar sintió que era irónico que justo en ese momento no estuvieran usando el algoritmo para poder expresarse con tranquilidad en español y que él entendiera la idea en mandarín.

—Tecnología —dijo él en voz baja mientras tecleaba algo en el computador.

Contó casi noventa latidos por segundo, necesitaba disminuir la ansiedad. Desde el estrecho corredor entre un cubículo y otro sus oportunidades para huir eran más limitadas, devolverse no era una opción y no podía ver lo suficiente para identificar las salidas del otro lado del pasillo.

—¿Está todo bien, oficial? —se atrevió a preguntar de nuevo sin poder controlar el golpeteo continuo de su pie derecho sobre el piso ni la gota de sudor que le rodaba por delante de la oreja derecha.

El hombre volvió a mirarla, esta vez con disgusto, y levantó el teléfono.

De todas las palabras que dijo lo único que Dani entendió fue «Colombia».

«¡Maldita sea!», pensó. Uno de sus objetivos era conseguir el pasaporte americano y quitarse la marca de ciudadana de segunda categoría. Odiaba ser colombiana cuando tenía que viajar. Aunque era su primera vez en China, ya le había pasado en otros países que en migración le hacían más preguntas que al resto de la gente o intentaban sacarle información sobre el ingreso de droga o la interrogaban sobre mil asuntos que nada tenían que ver con ella y, aunque no tenía ningún motivo para preocuparse, siempre siempre siempre era una pesadilla.

Después de colgar, el oficial hizo una mueca simulando una sonrisa.

—Un momento —le dijo en un tono más irónico que simpático.

La transpiración que había experimentado en la fila se convirtió en una sudoración pesada, la que asoció a la exudación del pánico. No necesitaba más para entender que algo estaba muy mal. La mayoría de los pasajeros de su vuelo ya habían pasado y el hombre no había vuelto a levantar la mirada.

—Por favor acompáñeme —dijo una mujer que llegó con un uniforme pulcro al cubículo.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—Sígame.

Salieron de la zona después de cruzar una puerta de seguridad en la que la oficial presentó los documentos de Dani, le pidió entregar el celular apagado y llenó un formulario. Caminaron por un corredor largo de paredes y pisos color beis que parecía un hospital. Intentó memorizarlo

todo: los pasos, las puertas, los giros de un pasillo al otro..., pero estaba tan nerviosa que cuando se detuvieron había perdido el registro del espacio recorrido.

—Adentro —indicó la mujer después de abrir una puerta.

A Dani le temblaron las piernas cuando se asomó y vio el cuarto pequeño, encerrado y en el que solo había una silla.

—No, por favor... No...

—Adentro —repitió empujándola y cerrando la puerta de un golpe.

«¡Esto no puede estar pasando! Inhala, exhala... ¡No, no puede estar pasando! ¡Virgencita, socórreme!».

Hizo una revisión rápida del lugar. La silla, las paredes, el piso y el techo eran blancos, había luces de neón tan fuertes que dudó del cálculo mental que hizo del espacio y decidió medirlo paso a paso mientras rozaba la pared con la punta de los dedos de las manos. Cuatro pasos por cuatro pasos. Aproximadamente nueve metros cuadrados.

—Holaaaa, ¿alguien me escucha?

El sudor y el aire acondicionado (que estaba más frío de lo normal) intensificaron las contracciones de su cuerpo.

Movió la silla hacia uno de los extremos de la habitación para poner más espacio entre ella y la pared opuesta. Se convenció de que todo era un malentendido y de que en poco tiempo saldría de ahí. Ciento sesenta y tres minutos después abrieron la puerta mientras ella estaba en medio de un ataque de ansiedad.

—¡Por favor, no puedo respirar! ¡No puedo respirar! ¡Por favor...!

La sacaron de la habitación, pero notó que no la llevaban por el mismo camino. La oficial que la acompañaba se negó a responder sus preguntas. Finalmente se abrió una puerta, dos personas le indicaron que se sentara y le ofrecieron un té caliente.

Empezaron por leerle una lista de nombres. Cada vez que abría la boca para hablar la callaban con un chillido y reanudaban la lectura, hasta que se detuvieron y la mujer que la había llevado hasta allí le indicó que la siguiera. Recorrieron pasillos irreconocibles y, al llegar a la

habitación, la silla estaba de nuevo en el centro y Dani no pudo precisar si era el mismo cuarto o no.

Se arrodilló para rezar. Lloró. Gritó. Recorrió las paredes dando golpecitos, como si esperara activar una puerta secreta que la sacara de ahí. Volvió a gritar suplicando que la dejaran salir, explicando que no soportaba los lugares cerrados... No pasó nada.

Tenía demasiadas ganas de orinar, sentía el mal olor del sudor, imaginaba su cara desfigurada con el maquillaje regado por las lágrimas y su pelo enmarañado después de que, para calmar la ansiedad y sentir el consuelo que le daba su mamá al peinarla cuando era niña, se hizo y deshizo la misma trenza una y otra vez.

El dolor en la vejiga se volvió peor que el miedo y, cuando no pudo soportarlo más, orinó en una esquina de la habitación. El tictac de su reloj analógico le retumbaba en la cabeza, se lo quitó y lo aplastó con una de las patas de la silla. Por unos segundos sintió el placer de tener control sobre algo; el reloj se había parado porque ella lo había decidido. Después entró en pánico al darse cuenta de que ya no sabía la hora. Las manecillas marcaban las tres y veinte y calculó que en ese momento Samuel, el compañero que la empresa había designado para presentar con ella el proyecto ante los inversionistas, estaba aterrizando.

Horas después (no sabía si ocho o diez) Dani tenía poca claridad sobre lo que estaba pasando. La habían interrogado diferentes personas en distintos tonos, la habían llevado de una habitación a otra, solo le habían dado agua y té, le habían mostrado fotografías de hombres y mujeres a quienes nunca había visto, le había tocado orinar en frente de una agente, había llorado, gritado, sufrido...

Le dolía todo el cuerpo. Entre el *jet lag* y el cansancio del interrogatorio empezó a sentir un nudo en el cuello y la enorme preocupación por el paso de las horas. Se imaginó que Samuel estaba desesperado buscándola para coordinar los últimos detalles de la reunión, que su amiga Bárbara estaba preocupada y que su papá estaba disgustado al no saber nada de ella. Aunque no tenía cómo medir el tiempo en ese lugar donde la luz incandescente permanecía encendida, calculó que ya llevaba más de un día detenida. Otro paquete de fotos para revisar, otro interrogatorio sin sentido, otro momento de rabia...

Intentaba mantenerse despierta porque le daba miedo que la llevaran hacia un lugar peor, pero los ojos se le cerraban y pasaba del frío al calor de una forma tan abrupta que la única

explicación que le quedaba era que la estaban torturando. La mente le jugaba todo tipo de pruebas; llegó a pensar que estaba dormida o que había muerto. «¿Por qué estoy aquí?».

Cuánto dinero trae. Por qué viene. Qué sabe de Francisco Serrano. Cuándo fue la última vez que estuvo en Colombia. Por qué viene. Cuál es su verdadero nombre. Cuánto dinero trae. Qué sabe de Paola Restrepo. Cuándo fue la última vez que estuvo en España. Por qué viene de Estados Unidos. Por qué se regresa el miércoles. Cuál es su rol en el negocio. Por qué cambió su boleto de avión. Cuál es su relación con Silvana Camargo. Qué va a hacer en Pekín.

Le costaba explicar lo mismo una y otra vez. Una y otra vez. A veces se quedaba en silencio y la sacaban del letargo con un grito.

Y entonces... los calambres. El dolor bajito. La sensación de la sangre mojando su ropa interior. La maldición de cada mes. La humillación de mancharse. Pidió que la ayudaran, pero solo recibió una mirada de asco. Cuando la llevaron al baño improvisó una toalla sanitaria con papel higiénico.

Luego de tres interrogatorios más, o tal vez seis, le dieron unos documentos para firmar que estaban en caracteres chinos. Al solicitar una versión en inglés le informaron que tomaría varios días. Su cuerpo estaba a punto de quebrarse, pero era peor saber que ya no pensaba con coherencia. La privación del sueño, el miedo a seguir encerrada, los cambios de temperatura, la falta de comida, la migraña de cada mes y la ansiedad por llegar a tiempo a la reunión con los inversionistas la habían convertido en un ser sin voluntad. Firmó los papeles, le entregaron sus cosas y la dejaron salir.

Pasó de la soledad del cuarto diminuto al frenesí de uno de los aeropuertos más grandes del mundo. Mientras su vida estuvo en pausa miles de personas seguían moviéndose de manera vertiginosa, indiferentes ante su sufrimiento. Paralizada y sin saber hacia dónde ir, agradeció por ese alud de palabras en todos los idiomas, por los sonidos de los dispositivos electrónicos, por los anuncios por altavoz, por los pasos apresurados, por los carritos de golf que llevaban pasajeros, por las bandas transportadoras y por la música de los diferentes establecimientos.

«Gracias, María Auxiliadora», dijo casi como un susurro al inhalar con fuerza el aire viciado del aeropuerto que sintió como la brisa fresca del amanecer en la finca de Santa Elena.

Se hizo a un lado para sacar el cargador del celular y comprobó que habían revuelto todas sus cosas aunque parecía que no faltaba nada. Cuando encendió el aparato, le costó entender lo que estaba viendo: era martes. Llevaba tres días encerrada y había perdido la reunión más importante de su vida.

Gracias por leer hasta aquí

Como escritora autopublicada es muy valioso para mí que hayas decidido conocer mi novela. Si quieres ser parte del equipo de lanzamiento, por favor envíame un mensaje a través de Instagram donde me encuentras como @acastrillon o contactarme a mi correo electrónico alexandra@alexandracastrillon.com ¡gracias!